EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 24 de Junio de 1882.

LA DECADENCIA DE ESPAÑA
DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
A IGUAL EPOCA DEL SIGLO XVIII.

XXXII

La gran lucha, sostenida por Felipe II contra los turcos y los árabes, si bien siempre gloriosa para España, no fué á la verdad muy provechosa en resultados; las ventajas, no compensaron, ni con mucho la entidad del sacrificio. Y no es que todo fuera necesidad; en ella hubo algo de celos de poderío, no poco de vanidad y bastante de aquella política avasalladora que dominaba en la casa de Austria.

La España luchó con gloria contra Soliman, Selim II, y su aliado Francisco I de Francia, que todo lo encontraba bueno con tal de vengarse de la afrenta de S. Quintín; y cuenta como triunfos de eterna memoria la heroica defensa de Merz-el-kibir sostenida por D. Martín de Córdoba, la toma del Peñon de Velez por D. Garcia de Toledo; la liberación de Malta, sitiada por el temible Piali, y últimamente la nunca bien ponderada batalla de Lepanto; pero al lado de estas victorias tenemos que lamentar otros desastres, debidos algunos de ellos á la impericia, ó al demasiado ardor de nuestra raza, la pérdida del castillo de Mazagran, la gran derrota del conde de Alcaudete ante los muros de Mostaganem, en que perdió la vida este caudillo; la destrucción de la flota del duque de Medinaceli en Meninge, en la que perdimos treinta buques, cinco mil prisioneros, y mil muertos; y la de la misma isla, en cuyo hecho quedaron cautivos y llevados á Constantinopla los célebres caudillos D. Alvaro de Sandi, Sancho de Leyva y Berenguer de Requesens; la pérdida de la importante plaza de Túnez, y la no menos interesante ciudadela de la Goleta, con los dos fuertes levantados por D. Juan de Austria, Alli Sinau Pachá con sus doscientos sesenta y ocho galeras y cuarenta mil hombres de desembarco, ayudado de argelinos y tripolinos, se hizo dueño en pocos días de doscientos cañones y treinta y tres banderas. Hicimos aquí honor al denuedo heroico de aquel puñado de españoles que á las órdenes de Gabrio Zerbelloni, Pagano Doris, Hurtado de Mendoza, y Juan Sinoghera supieron sostener el brillo de nuestras armas hasta donde pocas veces suele llegar el ánimo más resuelto. Arroyos de sangre musulmana corrieron junto á los muros de Túnez, que fué vengada por Sinau Pachá con tres días de pilla-

ge; tres veces montaron los turcos al asalto el segundo fuerte, y otras tantas fueron rechazados, hasta que á la cuarta hubo de ceder á la superioridad numérica; y el tercero no fué entregado, sino después de la más heroica de las resistencias.

Al lado de tales desastros de la guerra, hay que agregar estos otros debidos á la adversidad de los tiempos y otras causas de resultados no menos funestos. La flota de Juan de Mendoza, que hizo venir de Nápoles Felipe II para la defensa de nuestras costas contra las acometidas de los berberiscos quedó destrozada en breves momentos por un furioso viento del Sur, hallándose anclada en el pequeño puerto de la Herradura, cerca de Málaga, chocando unos buques con otros, y sumergiéndose, á escepción de tres, de los veintiocho trirremes de que se componía la flota. Tres mil hombres perecieron en este desastre, solo comparable con los de Mazagran y Meninge. No ménos afortunada, la gran flota de doscientos buques, al mando de D. Sancho de Leiva destinada contra Dragut que se hallaba en Trípoli, se vió detenida en sus intentos por haber perdido en muy pocos días, por efecto de una epidemia, la mitad de los quince mil hombres que llevaba de desembarco. No sufrieron ménos las tripulaciones.

Efectos de tan grandes, como frecuentes reveses, llegó á sentirse la necesidad de buques hasta el punto de tener que recurrirse á los estados amigos para nuestras expediciones, y para la guarda de nuestro litoral. Para ir en auxilio de Orán fuertemente estrechado por Haschem, hubo que pedir auxilio de buques á los genoveses y al Papa, y de embargar hasta los buques destinados á escoltar los galeones de las Indias.

Gran fortuna fué para España, después del naufragio de la flota del almirante Mendoza, el que Soliman, volviese sus armas en aquellos momentos contra el imperio. La estrechada debilidad á que le habian traído sus luchas, y sus desgracias, forzóle á una situación expectante y puramente defensiva; situación de horrible ansiedad ante el temor de que el temible Piali terror del Mediterráneo, halagado por sus triunfos, cayese sobre ella, como sobre la Italia, según ya fúdicamente se anunciaba; y grande era la consternación en todo el litoral del reino de Nápoles, de la Sicilia, y de la parte de Cataluña, Valencia, Andalucía y Murcia. Ello fué motivo para que Felipe II estableciese postadero en toda la extensión de las costas de España á prevención de toda acometida.

Tan grande se hizo el temor, y tan empuente el peligro ante los preparativos navales de Soliman, que Felipe II se vió forzado á dejar su ac-

titud pasiva y á salirles al encuentro. Para ello llamó en su auxilio al Portugal, y al Papa, á los genoveses y á los florentinos, reunió ochenta y ocho buques y con ellos trece mil soldados dirigiéndolo todo contra el Peñon de Velez, con el estudiado fin de distraer la atención del enemigo, y apartarle de sus intentos sobre España.

El éxito respondió satisfactoriamente al ideal; pero la España se vió empeñada en una nueva lucha que parecía deber terminar el rudo golpe de Lepanto. Así debió haber sucedido si la emulación no hubiese dividido á los vencedores, en el camino emprendido, y más cuerdo Felipe II hubiera dejado á su hermano el infante D. Juan ceñirse la corona que le brindaran la Albania y la Macedonia; pero rota la unión, desbarataronse los planes, y se adormecieron los bríos, todo lo cual dejó hueco á los turcos para rehacerse y cobrar nuevos ánimos. Cuando, después de su derrota, el embajador de Venecia pidió audiencia al gran Señor, este le recibió con estas palabras: «Tu vienes á ver sin duda donde está nuestro valor, después de descalabro que hemos sufrido; pero sabe que la diferencia es grande entre vuestras pérdidas y las nuestras; arrancandoos un reino, os hemos arrancado un brazo; y vosotros, dispersando nuestra flota, no habeis hecho más que afeitarnos; un brazo arrancado no vuelve, pero la barba afeitada reaparece muy pronto con más vigor.»

La metáfora no pudo ser más exacta. Durante el invierno que siguió á la batalla de Lepanto se construyeron en los astilleros de Constantinopla nada ménos que ciento cincuenta galeras y ocho galeazas, y en Junio del año siguiente pudieron los turcos lanzar al mar una formidable flota de doscientos cincuenta buques. Horrorizados los venecianos pidieron la paz, y la firmaron con tales condiciones que no parecia sino que los turcos hubieren ganado la célebre batalla. Felipe II sintió por ello gran pesar, por más que quiso disimularlo aparentemente bajo protesta de que el haber entrado en la liga contra el Sultan habia sido por obedecer al soberano Pontífice: tal era su política. En el fondo de su corazón se agitaban otros sentimientos; por eso en un arranque de su carácter, que no pudo reprimir, se le oyó exclamar: «aunque los venecianos me hayan abandonado, continuaré, sin embargo, combatiendo á los infieles, y defenderé contra ellos á todos los pueblos cristianos.» No sabemos que es lo que entraba por más en esta declaración si la ambición, ó el celo religioso.

De todos modos, hizo buenas sus palabras llevando la guerra al suelo

mauritano, con la buena fortuna de recobrar á Túnez y la Goleta; pero no tardó mucho tiempo en volver á perder ambas plazas con pérdidas tan sensibles, seguidas de tal abatimiento moral, que apenas si le quedaron fuerzas para poder mantenerse á la defensiva.

La muerte de Selim II no pudo ser más oportuna. A la elevación de Amurath III, siguieronse las treguas; vino la paz, renació la tranquilidad y respiró la España.

MANUEL GONZALEZ.

Hé aquí algunas noticias acerca del ejército egipcio:

«El ejército egipcio se divide en dos cuerpos, los regulares y los irregulares.

El ejército regular lo componen 18 regimientos de infantería á cuatro batallones y ocho compañías formándose dos de estas por negros católicos. La caballería del ejército regular comprende cinco regimientos á cinco escuadrones, y cuatro regimientos de artillería de campaña á seis baterías de seis piezas, y más tres regimientos de artillería de posición. La infantería está armada de Remington, la artillería de cañones Krupp de á siete. Este ejército viste el fez, capote con capucha y túnica azul oscuro de paño. En esto usa la tropa traje de lienzo gris.

El efectivo total del ejército se calcula en 53.000 hombres, 2.500 caballos y 144 piezas de campaña; para la educación de los futuros oficiales, hay una academia en el Cairo, existiendo también otra de Estado Mayor.

El ejército irregular está formado con los contingentes de los beduinos. Está armado de espingardas y los sables legendarios. Estos irregulares constituyen una tropa de cerca de 15 á 20 mil soldados á caballo.

La escuadra egipcia consta solamente de un navio de línea; dos fragatas, tres corbetas y cuatro avisos, y generalmente se halla siempre anclada en el puerto de Alejandría.

La nueva campana mayor de la catedral de San Pablo ha llegado á Londres, después de un viaje muy accidentado. Esta enorme campana pesa 17 toneladas, ha recorrido en una carreta especial, arrastrada por una locomotora, una distancia de 40 leguas.

Una inmensa muchedumbre cubia todo el trayecto para contemplar la inmensa campana, que al salir de las poblaciones era seguida por interminables procesiones y escoltada por un destacamento de constables. Sin aquella escolta hubiera sido muy pronto desfigurada por inscripciones y grabados más ó menos dignos de la misión que la campana está llamada á desempeñar.